

privilegios por la adquisición de señoríos. Se acentuaban de esta manera las transformaciones en el sector de la aristocracia terrateniente, y los nobles achacaron ese estado de cosas a la ineficacia administrativa de las autoridades virreinales. En esta coyuntura, y puesto que no podía impedir totalmente el ascenso de los grupos más acomodados de la burguesía, la nobleza buscó limitar su ingreso al orden feudal.

Abordando el estudio de la mentalidad aristocrática, Villari nos describe cómo ésta comienza a desplegar sus componentes más reaccionarios aferrándose a una concepción estática de la sociedad que implicaba, en definitiva, una descalificación de los recién llegados. Todo esto requería una justificación histórica, y ella será encontrada apelando a la tradición. Surge entonces: «una polémica viva y constante que opone a la aristocracia tradicional frente a la de reciente creación». Conflicto éste característico de toda la Europa del siglo xvii. «Y no se trata ciertamente de un choque frontal entre fuerzas antitéticas, sino del aspecto formal de un proceso de asimilación, crecimiento y modificación de las clases dominantes.»

Con prolija reconstrucción histórica del período 1636-1646, el autor pone de relieve que todos los sectores sociales acusaron los efectos de la crisis financiera que precedió a la sublevación. La nobleza, al resistir ser integrada en el aparato administrativo del Estado, impidió, a la vez, el despliegue de los elementos típicamente urbanos y utilizó, posteriormente, el poder que detentaba en el campo para incidir en la capital como factor político. Precisamente, la conclusión de Villari con respecto al estallido antiespañol de 1647 abre nuevas perspectivas para la reflexión histórica. A pesar de que la iniciación de la revuelta se produjo en la ciudad de Nápoles—afirma—, el foco de la insurrección se alimentaba en las zonas rurales: «De hecho, la guerra que en 1647 y 1648 azotó la Italia meridional fue, en sus rasgos esenciales, un conflicto campesino, quizá el de mayor ímpetu y más vastas proporciones conocido por la Europa occidental durante el siglo xvii». La investigación ha sido realizada con el apoyo de una considerable masa documental, utilizada con rigor científico, y nos ofrece nuevos enfoques sobre la historia del virreinato español en Nápoles durante un período complejo, sin duda, pero cuya perspectiva ha sido frecuentemente distorsionada.—*M. M. D.*

CIEZA DE LEON Y EL MUNDO DE LA CONQUISTA

La historiografía hispanoamericana lleva recorrido un largo camino, y en la etapa ya superada se ha equipado con infraestructuras idóneas para el desarrollo de investigaciones de gran aliento; pero junto a las sólidas masas documentales ya exhumadas y a disposición del historiador existen grandes vacíos, en ocasiones insalvables, que con frecuencia recortan las posibilidades de utilización sistemática de textos y documentos que iluminarían instancias históricas fundamentales. Por consiguiente, cuando una labor de investigación alcanza resultados tan positivos como el que nos ofrece Francesca Cantù en su versión de la crónica del *Descubrimiento y conquista del Perú*, de Pedro Cieza de León, el hecho merece ser subrayado ¹.

Las crónicas nos entregan un registro de los acontecimientos más destacados de una época o de un reinado—generalmente, hechos políticos o militares—, anotados con cierta prolijidad, lo que las convierte, muchas veces, en testimonios de primera mano. Este género histórico se encuentra impregnado, sin duda, de subjetividad, y no es difícil encontrar en sus páginas un aire nostálgico, una tendencia a la magnificación del pasado vivido por el narrador. A medida que transcurre el siglo xv, sin embargo, se advierte que las transformaciones que está experimentando la sociedad influyen fuertemente en la concepción de la historia. El hombre busca en ella ahora la evidencia, la explicación de hechos que aluden al mundo terrenal en que vive, y esta idea converge con otra que concibe el destino como algo regido por la fortuna, que puede encauzar una existencia por el sendero de la gloria y la riqueza, o sumirla en el desastre. Es la ruptura con la concepción providencialista de la historia, y los enfrentamientos entre los defensores de la antigua y la nueva visión del mundo caracterizan, en definitiva, la historia del pensamiento y los conflictos europeos hasta muy avanzado el siglo xvii.

Uno de los signos de la mutación histórica que se estaba consumando en los primeros decenios del siglo xvi fue el sistema de tendencias e ideales que hizo posible la aparición de la crónica de Indias. Esta, como relato de la acción que, con frecuencia, debió ser escrito sobre la marcha, configuró una versión de los hechos que rápidamente creó sus propias formas literarias, resultado de la urgencia que sentían los autores por narrar a sus contemporáneos una realidad inédita a sus ojos. Pocos de los cronistas que estuvieron en el Nuevo Continente eran, sin embargo,

¹ FRANCESCA CANTÙ: *Pedro de Cieza de León e il «Descubrimiento y conquista del Perú»*, Roma, Istituto Storico Italiano per l'Età Moderna e Contemporanea, 1979.

hombres de letras; en consecuencia, conocían escasamente los problemas de la historiografía de la época, si exceptuamos a Gonzalo Fernández de Oviedo y al padre José de Acosta. Misioneros como fray Bartolomé de las Casas o fray Bernardino de Sahagún tenían formación letrada y escribieron gracias a ello sus crónicas sobre el Nuevo Mundo; pero hombres como Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Pedro Pizarro, Bernal Díaz del Castillo y Pedro Cieza de León se habían alistado como soldados de la conquista y no poseían otra formación que el ejercicio de las armas. Muchos de estos soldados se convertirían, no obstante, en los primeros escritores del mundo recién descubierto por España; y alguno de ellos, como Pedro Cieza de León, ha sido considerado entre los más concienzudos y veraces representantes de la historiografía indiana. Participa en la expedición de Sebastián de Benalcázar, lugarteniente de Pizarro, Cieza penetra, con sus agudas observaciones, en un complicado período que se caracterizó por los intensos conflictos que tuvieron lugar entre los capitanes de la conquista, e incluso nos ofrece un vívido relato sobre la naturaleza americana y las sociedades indígenas, para lo cual ha sido fundamental, sin duda, su permanencia durante varios años en Nueva Granada.

Las luchas entre los conquistadores españoles por la posesión de ciertas regiones fueron bastante frecuentes, pero los enfrentamientos que tuvieron lugar en Perú, núcleo geopolítico de primerísima importancia en la conquista española—puesto que tenía por eje la región minera—, estaban originados en la dirección bicéfala configurada por Pizarro y Almagro. A medida que se afirmaba el dominio sobre la región se hacía más visible que los jefes tendían a desplazarse entre sí, y ello se convirtió en algo inevitable una vez que la distribución territorial que pudo haber supuesto la conquista de Chile, iniciada por Almagro, se vio detenida por la enconada resistencia de los indígenas y la sospecha de que carecían de metales preciosos.

La crónica de Cieza de León, de gran importancia para el mejor conocimiento del período, ha tenido ya ediciones parciales. Una primera parte de la obra se imprimió en Sevilla, en 1533, en vida del autor; una segunda fue publicada por el erudito español Marcos Jiménez de la Espada en 1880, e historiaba el reinado de los incas hasta la llegada de los españoles; la tercera, que narra la conquista, ha sido divulgada fragmentariamente, y completada con la presente edición, que nos pone en conocimiento de capítulos centrales de la crónica, inéditos hasta ahora. El manuscrito, localizado por Francesca Cantù en la Biblioteca Apostólica Vaticana, culmina una larga investigación y ha sido clasificado—luego de cuidadosos estudios—como de puño y letra de Cieza de León;

contiene, por otra parte, numerosas correcciones realizadas por el cronista sobre el texto, que permiten seguir con cierto detalle el proceso de elaboración del mismo.

Cantù nos ofrece una lectura de la crónica del *Descubrimiento y conquista del Perú*, fundada sobre la base de un atento análisis de la totalidad de los escritos del autor. Señala que la crónica de Cieza contiene cuatro partes claramente diferenciadas, escritas siguiendo un orden lógico unas veces, otras cronológico, que sostiene la **exposición**. En la primera parte el cronista proporciona una visión del espacio geográfico en el cual se desarrolla la conquista impulsada por Pizarro y sus hombres, y puede advertirse, en la exposición, el impacto causado en el narrador por la realidad americana; aquello que Henríquez Ureña denominara con acierto: «toma de posesión imaginativa e intelectual» del ámbito del Nuevo Mundo. En ella, Cieza acumula noticias sobre la organización política, social, religiosa y cultural de los nativos, desde la ciudad de Panamá hasta las cumbres del Potosí; como anota Cantù: «De geógrafo y naturalista, Cieza se convierte en etnólogo y anticuario.» Su objetivo es recoger—acudiendo a los relatos indígenas y a la observación personal—todos aquellos elementos que le permiten reconstruir la situación histórica de un mundo en el cual viene a insertarse la presencia española.

En la segunda parte se extiende sobre la historia y organización del Imperio Inca. Obedece ello a un propósito bastante definido: «Acercar al conocimiento y a la memoria histórica de los hombres del Viejo Mundo la fisonomía de un organismo político de extraordinaria coherencia y complejidad que la Conquista ha trasmutado inexorablemente; ofrecer a los españoles los elementos necesarios para comprender cómo la comunicación cultural indispensable a una convivencia pacífica, y a la educación en la fe cristiana de la población indígena, pasa a través de la comprensión de formas de vida extrañas a la tradición histórica europeo-occidental», nos dice Francesca Cantù. Puede que la amistad mantenida entre Cieza y el dominico fray Domingo de Santo Tomás, indigenista y amigo, a su vez, de fray Bartolomé de las Casas, incidiera decisivamente en la visión de los hechos del soldado cronista.

La tercera parte narra las dos expediciones de descubrimiento del reino de los incas y la que condujo a la conquista del Perú, encabezadas por Francisco Pizarro, así como el nacimiento de las rivalidades con su compañero Diego de Almagro, la captura y muerte de Atahualpa, la toma de Cuzco por los españoles y la tentativa de llevar la dominación al territorio de Chile.

Una cuarta parte, destinada a historiar las guerras civiles del Perú, nacidas del bipartidismo originado en el grave error político inicial que